

Prevenir y prohibir

Dos verbos casi antagónicos

Basta una simple consulta al diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, como para darse cuenta de la gran diferencia.

Cuando sobreviene el daño la primera medida suele ser “prohibir”, vedar, impedir hacer algo, lo que genera inmediatamente crispación, enfado, repulsa, rencor, tendencia al desacato, a la rebelión, a la venganza, ante la impotencia de seguir haciendo algo que se consideraba normal, que formaba parte de hábitos adquiridos y usados, incluso por quienes han dictado la orden de prohibir.

Y estos hábitos, costumbres, comportamientos y formas expresivas de la vida cotidiana, que con frecuencia tanto cuesta adquirir y que cuando el sujeto más a gusto se siente con ellos, se intentan prohibir, por muy justificada que esté la medida, suele generar en alguno de esos sujetos reacciones imprevisibles.

Cuando se intuye el daño y se “previene”, se informa, se prevén las consecuencias y se exponen, se advierte contra hábitos y costumbres peligrosas, se imbuye, se imparten consejos, se impresiona al sujeto, se preocupa el ánimo, se prepara con anticipación la forma de evitar y combatir el daño; se estudia, se invierte en medios materiales, se prepara a quienes han de ser los destinatarios del posible daño.

Tras mis vacaciones en mi tierra, no podía por menos de acercarme a algunos escenarios de los pasados incendios forestales de la zona baja de la Sierra de Albarracín, para comprobar la desolación producida.

La comarca ha vivido impresionada este verano, por la tristeza de tanto monte quemado, tan descomunal sequía y una notoria ausencia humana de los montes y lugares de recreo, que siempre ponía alegría y aupaba los ánimos.

Que nadie piense que soy partidario de que se encienda sin más en cualquier parte del monte –yo ni siquiera lo hago en los lugares autorizados– pero no cabe duda que la decisión de “prohibir”, en mi modesto entender, no es la más adecuada. Hay otras preventivas que pueden dar mejores resultados.

Me sorprendió y mucho, ver ya marcados los pinos que se han de cortar en esos trozos de monte quemado. No sé a quien interesa tanta prisa por talar el monte, cuando se ignora por completo lo que podrá hacer la propia climatología hasta la próxima primavera. Sin duda se está preparando una costosa repoblación, quizás poco calculada y selectiva, para regenerar unos pinares que a lo mejor ellos solo, con muy poca ayuda se regeneran y aquí se habla por

experiencias vividas. Ahora se piensa gastar mucho dinero en repoblaciones, lo que antes debió gastarse en prevenciones.

Antes fue por falta de “prevención”, y quizás por exceso de inversiones, dirigidas, controlas y realizadas por muy pocos; los más directamente perjudicados, los habitantes de aquellos pueblos, que no se van a comer una rosca o si acaso les va a llegar la rosca quemada. Al tiempo, mis queridos paisanos, tomar buena nota.

Quede pues claro que no soy partidario en absoluto de la fogata sin más en cualquier lugar del monte, pero tampoco de la prohibición y el palo duro. Y esto me ocurre en todos los aspectos de la vida cotidiana. Me inclino y apruebo sin reservas las medidas “preventivas”, aunque resulten caras, que al final siempre resultan baratas. Porque el burro que a palos lleva la carga...

He señalado en otras ocasiones la gran utilidad y rentabilidad de mantener en cada pueblo de la Sierra equipos permanentes de hombres, dotados de material moderno de trabajo, que se ocuparían de la reparación de cortafuegos, vigilancias constantes, creación y mantenimiento de infraestructuras ya existentes donde situar puestos avanzados de lucha contra el fuego en sus primeros momentos, más agentes forestales y si es preciso nativos de la Sierra y situados más cerca de los pinos, como antes, pero mejor que antes, y todo un larguísimo etcétera.

En ocasiones expresamente encaminadas a la prevención y acoso de los incendios en su primera fase, presencié unas prácticas del helicóptero con base en San Blas, que hicieron en Dornaque, consistentes en la toma de agua del depósito-piscina allí existente, pero creo sinceramente que no sirve ni siquiera como prevención y primer ataque al fuego. Hay poca capacidad de agua, la maniobra resulta bastante complicada y lenta sobre todo, los espacios de tiempo entre la toma de agua y consabidas maniobras restarían eficacia al esfuerzo realizado.

En fin, se agradece la buena intención y el esfuerzo, pero Dios no quiera que el helicóptero tenga que cargar agua en esa pequeña piscina de Dornaque. Yo sigo pensando en las inmensas posibilidades de nuestra hermosa y ya este año seca, laguna de Bezas. Eso sí que es un gran depósito de agua, que debidamente drenado podrían cargar los hidroaviones. Un depósito de agua de valor incalculable.

Y sobre esta laguna de Bezas, a ver si vigilan los responsables del ICONA, Medio Ambiente, OTUS, Sociedad de Pescadores y demás etcéteras, para que cuando tenga agua no se cometa la barbaridad de echar en ella otra vez carpas, que terminaron con la vida de la laguna, aniquilando la fauna animal y vegetal autóctona, ahuyentando a las aves que allí anidaban y las de paso. “Prevéngase”

la Laguna de los posibles interesados en que allí haya carpas para la pesca deportiva, ya que el “prohibir” tampoco daría resultado.

Comprobé in situ también la instalación en Peña de la Cruz, de Bezas, de un sofisticado medio de detección y alarma. No debe constituir eso una mera expresión de oportunismo político, ostentación muy al uso, para caer después, inmediatamente después, en un ostracismo y degradación de buenas voluntades y principios, abandono de lo que hoy se está construyendo, acción u obra emblemática del político de turno, alegando que no hay dinero para mantener la instalación. Ya se sabe ahora que todo ese aparatoso y caro montaje requiere atenciones puntuales y reclama una completa red de asistencia técnica y apoyo, material y humano, de lo contrario eso no servirá de nada, se habrá dilapidado inútilmente el dinero.

Y a propósito de todo esto, por venir a cuento y encajar perfectamente en lo que nos preocupa en la actualidad. ¿Qué ha sido de aquel ampuloso proyecto de rehabilitar y poner en funcionamiento varias casas forestales de la sierra, preciosas y valiosas obras, estratégicamente situadas, donde no hace mucho incluso veraneaban los ingenieros de montes, como eficaz medio de “prevención”, protección de los pinares, creación o adiestramiento de cuerpos técnicos, irradiando a la vez civismo, cultura, sensibilidad y cariño por los montes, tanto a nativos como a turistas y visitantes y al mismo tiempo colaborando al mantenimiento y soporte de la vida de esos enclaves humanos de pueblos que agonizan, que son los propietarios de esos montes y con los que tan poco se cuenta y que constituyen verdaderas joyas humanas por sus grandes conocimientos del monte?

¿No estamos asistiendo a un montaje de políticos en activo y dedicación para salir del paso, que otros venideros se ocuparán de desmontar, en lugar de perfeccionar para sacar un verdadero rendimiento a las obras, a lo que por desgracia estamos acostumbrados?

Entre una y otras cosas. Por la ineficacia de las “previsiones”. Por los desastres de los incendios. Por la descomunal sequía. Por la inoportunidad de ciertas “prohibiciones”. Por deficiencias de gestión. Por la degradación de los recursos naturales, nuestra hermosa y riquísima en recursos forestales, Sierra de Albarracín, Montes Universales, sus pueblos y sus moradores y hasta sus costumbres, languidecen de forma alarmante. Entre todo lo que acontece por ahí, ¿qué destino aguarda a esa Comarca para dentro de muy pocos años? Yo no quiero ni pensarlo, pero tengan memoria quienes esto leen.

NOTA DEL AUTOR: El medio de detección de incendios de que se habla en el artículo se desmontó a poco de instalarlo. Parece ser que sí detectaba el fuego, pero con demasiadas falsas alarmas, por su sensibilidad. Resultó ser un gasto innecesario.

Publicado en el Diario de Teruel los días 2 y 4 de octubre de 1.994